

MENTIRAS

Todo el mundo miente a la gente que le rodea. Todo el mundo en algún momento abusa de la confianza de alguien. Aunque en ciertas ocasiones se diga o suelte con la mejor intención, el nombre no cambia: mentira. Mienten los políticos, seguramente son estos quienes lo hacen con mayor frecuencia y, sin duda alguna, con más esmero; mienten los padres a sus hijos y los hijos a sus padres; se mienten el uno al otro los enamorados, y también los amantes, los recién casados y los cónyuges no recientes; te mienten tus amigos y tus colegas y aun personas a las que no conoces de nada; y tu jefe te miente siempre. Y también tú lo haces. Tú mientes, él miente, yo miento... Acabo de mentirle a un mendigo, a un don nadie que acaso no tenga siquiera donde caerse muerto. Quizá sea esta la razón por la cual la gente les miente con despotismo, porque los mendigos, por no tener nada, nada son, son basura callejera. Uno cree que, aunque se les mienta descaradamente, no tienen derecho a replicar. Y en las raras ocasiones en que alguno de ellos lo hace, uno se asombra o alarma, mas sólo al principio, después sonrío de medio lado pensando: “Y tú quién te crees que eres para replicarme nada”. Al mendigo al que acabo de mentir casi no le he visto la cara. Viste un desgastado abrigo de paño que en origen debió ser color camello, pero que ahora es de un color indefinible debido a la roña que tiene acumulada quién sabe desde cuándo. Le está al menos tres tallas grande. Tal vez perteneciera a otra persona, a otro mendigo ya muerto, o aún vivo y buscándolo porque se lo ha robado otro mendigo, al que yo he mentido. O este quizá lo encontrara casualmente en la basura. O quizá fuera suyo en origen y él fuese más corpulento antes, cuando acaso fuese no un mendigo, sino un señor. Lleva, además, una bufanda de lana del mismo color que el abrigo, toda deshilachada; unos guantes también de lana, grasientos; y unos zapatos color cuero raídos. No le he visto bien la cara. Se acarrea mirando el

suelo o la puntera de sus raídos zapatos o, más probablemente, nada. Tiene el cabello largo, pegado a la cabeza y el cuello, y tan oscuro como su medio cana barba, sucia, agreste e igualmente larga. La cetrina cara apenas si se la he visto, pero diría que es de mi edad. Me ha pedido dinero, sin hablar, tan sólo me ha tendido una garra suplicante. Le he dicho que no tenía dinero que darle, no. Pero claro que sí que tengo: llevo un fajo de billetes en la cartera y el monedero lleno. Mas le he dicho que no tenía nada, se lo he dicho a esa cara suya, que no he visto, con voz alta y clara. Le he soltado:

—Lo siento, no tengo nada.

Y era insultantemente claro que estaba mintiéndole, entre otras razones porque estaba, estoy, sentado a una mesa en la terraza de un café, tomando un café que habría de pagar luego, y también porque voy bien vestido, se me nota a la legua que tengo dinero. Llevo, así que se vea, un buen abrigo de pelo de camello color camello y una bufanda de merino a juego, y unos guantes de piel de potro color castaño y unos zapatos del mismo cuero y color, salta a la vista que son caros. Se me nota también en que estoy bien alimentado y mejor cuidado, se me nota en cómo bajo mi perfecto rasurado me brilla la piel de las mejillas, mis lustrosas mejillas, que cuando he mentido al mendigo no se han sonrojado, ni un poco. Mentimos tan a menudo que a veces ni nos damos cuenta de que lo hacemos. La que le he dicho al mendigo ha sido una mentira maquinal. Estaba ausente, abstraído en mis pensamientos, y cuando él se me ha acercado tendiéndome una garra suplicante, he interpretado que me pedía dinero y le he soltado algo que ya había dicho en otras ocasiones similares, una mentira habitual: “Lo siento, no tengo nada”. Y él la ha aceptado con resignación, qué otra opción tenía. Lo triste de esta historia es que de hecho podía haberle dado mi cartera y mi monedero, mi abrigo y mi bufanda, mis guantes y quizá aun

mis zapatos. Dadas las circunstancias, le podía haber dado todo esto. Pero en cambio le he mentido como si nada para absurdamente excusarme por no darle nada. *Excusatio non petita...*

No es la única mentira habitual que suelto sin pensarlo casi, hay más, no son muchas, pero en cualquier caso son más de las que me gustaría tener que reconocer que digo.

A Julia, como a todas las otras mujeres que ha habido en mi vida íntima antes que ella, todas las veces en que nos vemos le digo que la quiero. Pero no se lo digo de cualquier manera, no. Suavemente tomo su rostro entre mis manos y, mirándola directamente a los ojos, sin titubear y con dulzura, le susurro:

—Te quiero.

Se lo digo no porque sea verdad y quiera hacérselo saber con palabras, sino porque quiero acostarme con ella, y bien sé por experiencia que cuando le digo que la quiero, como todas las otras, se conmueve y baja la guardia y me deja que la bese y que la acaricie por debajo de la falda, y a partir de ese momento el resto es coser y cantar: queda enteramente a mi merced. Es decir, que para hacerla mía no necesito más que una mentira corta, dos palabras precisas que para mí no significan nada, están vacías. Podría decirle que me gusta, lo cual es cierto, pero esta verdad no es suficiente para ella: necesita más seguridad, necesita que le diga que la quiero; y es esta caprichosa exigencia suya lo que me obliga a mentirle. Lo triste de este asunto es que creo que ella intuye que de verdad no la quiero, pero necesita que le diga que sí que lo hago, necesita una excusa para justificarse, para acostarse conmigo, cuando realmente aspira a ello con tanta vehemencia como aspiro yo a acostarme con ella. Sí, es triste: Julia, en vez de darse a mí con libertad, porque lo desea, en apariencia prefiere vendérseme por dos palabras que para mí no tienen sentido y que verdaderamente tampoco lo tienen para ella. Mujeres...

Miento también a mi madre; a mi padre ya no: murió hace años. Le miento cuando me llama por teléfono para proponerme que pase por su casa a verla o que quedemos para tomar algo juntos y, como ocurre casi todas las veces, o no me conviene o simplemente no me apetece; no me apetece ir hasta su casa o citarme con ella en una cafetería llena de viejos para, durante horas, tener que oírla quejarse de mi padre muerto y de sus amigas aún vivas, y que contestar a innumerables preguntas sobre mi vida, mi intimidad, que no quiero contestar y, en consecuencia, verme abocado a mentir más que hablar para hacer que se sienta bien o al menos para que no se sienta mal, decirle exactamente lo que quiere oír de mi boca. Cuando me llama por teléfono para proponerme que nos veamos, casi siempre le digo una mentira que me excuse de quedar con ella y me permita aplazar la cita para un después sin determinar. Con voz firme, para que suene convincente, le digo:

—Lo siento, pero no va a poder ser.

Siempre empieza igual, si bien procuro que lo que sigue, el cuerpo de la mentira, la excusa que me absuelve, cambie de una vez para otra. De hecho, y esto sí que con verdad es vergonzoso, tengo un papel con una lista de excusas que voy esgrimiendo, una tras otra; mi madre es mayor y le falla la memoria, y yo sé que no puede darse cuenta de que, con una periodicidad de diez motivos exacta, cada una de mis excusas se repite en el tiempo, una y otra vez. Pero una madre es una madre, y estoy seguro de que en el fondo sabe que le miento y, por lo tanto, de que ella también me miente cuando me contesta que no importa, que ya nos veremos otro día; claro que le importa, se lo noto en el tono de voz, resignado y acusador. Sabe que le miento y me devuelve la mentira. Mentira por mentira. Le miento también cuando me pregunta qué tal estoy, le digo siempre que bien para que se quede tranquila, pero bien no siempre estoy y menos aún últimamente. No, no estoy bien. Lo cierto es que me duele la cabeza, me duele con demasiada

frecuencia e intensidad, e *in crescendo*. Por las mañanas, cuando me miro en el espejo del baño, puedo ver claro algo que sé de sobra: que no he dormido bien; veo que tengo ojeras y bolsas bajo los ojos, y la expresión fatigada, y también una asustada mirada de incompreensión con la que le pregunto a mi reflejo por qué estoy así, por qué me duele la cabeza, precisamente a mí, que prácticamente nunca me duele nada, que estoy sano como un roble, que me cuido, que hago ejercicio físico, que sigo una alimentación sana, que no fumo y apenas bebo..., y de repente me asalta este dolor de cabeza insistente que no me deja dormir apenas, que no me deja descansar, que no se doblega frente a la acción de los analgésicos de uso doméstico. Entonces trato de apaciguar mi mirada, me miento, me miro a los ojos en el espejo y con una seguridad fingida me digo:

—Estoy bien, no es nada. Pasará.

Pero desde hacía ya unas cuantas semanas el tono de voz de mi reflejo no sonaba nada seguro, es más, sonaba asustado, como si fuera un eco de mi mirada. Al final tuve que rendirme ante una evidencia, una verdad, ineludible: no estoy bien, necesito que me vea un médico.

Creo que de todas las mentiras habidas y por haber la peor es la que pueda decirte un médico. Para que una mentira funcione, para que se tome por una verdad, es obvio que aquellos a quienes se miente tienen que ser ignorantes, carecer de la información que acaso les permita distinguir entre lo que es verdad y lo que no lo es. Así pues, los políticos pueden mentir fácilmente a la población porque la población en general es ignorante, bien cuidan ellos de que así sea. Los padres pueden mentir a sus hijos porque estos no saben nada y los hijos a sus padres porque creen saber más de lo que en realidad saben y sin duda más que sus progenitores. Los enamorados, los amantes y los casados pueden mentirse entre ellos porque en lo esencial no se conocen el uno al otro, y ninguno quiere darse a conocer del todo porque no quieren tener que

andar rindiendo cuentas a nadie ni perder del todo su independencia: hay que guardar algo de uno mismo para uno mismo. Es esta falta de conocimiento interpersonal lo que permite también que puedan mentirte tus amigos y tus colegas y, claro está, personas a las que no conoces de nada, sin duda para demostrarse que son más listos que tú. Y tu jefe te miente para controlarte. Así igualmente yo puedo mentir al mendigo, porque, pese a mi claro aspecto de hombre acomodado, no puede saber a ciencia cierta si llevo o no dinero en mis bolsillos. Y también a Julia, porque, pese a las palabras que le dedico, ignora cuáles son mis sentimientos hacia ella. Y puedo mentirle a mi madre porque ella desconoce qué vida llevo, cuándo entro y cuándo salgo; ya me ocupo yo de que no lo sepa para poder seguir mintiéndole o, mejor dicho, controlando mi propio tiempo. Pero puedo mentirles a todos ellos también porque no ven la mentira en mi mirada. El mendigo mira hacia el suelo mientras le miento (si no, le mentiría apartando de él la vista); mi madre, o no me ve —me escucha hablarle con voz firme a través de la línea telefónica— o no la miro cuando le miento teniéndola delante; y Julia, aunque la miro directamente a los ojos, no ve que le estoy mintiendo porque, la verdad sea dicha, entre oreja y oreja no tiene gran cosa la muchacha. Pero a mí mismo no puedo mentirme: me veo en el espejo, veo mi mirada asustada y, pese a que ya lo sé, sé que lo que me digo no es cierto. Es la misma mirada que tenía mi médico cuando me resumió los resultados de los análisis que me fueron hechos para determinar la causa de mis dolores de cabeza. Es un médico joven, da la impresión de haber terminado recientemente la residencia. Ya nos habíamos visto en varias ocasiones a lo largo del tiempo que se requirió para obtener toda la información, hacerme todas las pruebas. Luce un aspecto increíblemente pulcro: va afeitado sin falta y con el cabello peinado hacia atrás, sin solución de continuidad, un anacronismo que apenas se ve ya en los varones; tiene la piel del color de la cera y muy tersa, una piel de esas que parecen no tener poros ni arrugas; y viste sin

tacha: el cuello de la camisa planchado con pulidez, un nudo de corbata perfecto, la bata blanquísima, los zapatos relucientes... Parece, más que un médico, un actor interpretando el papel de médico, un galán de cine. Desentonan en este retrato sus largas y densas pestañas, que aderezan su mirada, invariablemente risueña, con un inconfundible toque infantil. Lo veía siempre confiado y sonriente, con una sonrisa entre amable y paternalista que, pese a que no era sincera, era creíble: una estudiada pose. Pero cuando por fin me dio los resultados de los análisis no sonreía, lo intentó alguna que otra vez —para darme confianza, presumo—, mas pareció como si levantar las comisuras de los labios le supusiera un esfuerzo atroz, y en toda vez el gesto quedó en tan solo un amago. Mientras me hablaba, su tersa piel brillaba a causa de la transpiración y sus ojos no eran reflejo de una inocencia risueña, eran un reflejo de los míos por la mañana en el espejo del baño. También, a lo largo de su discurso, no paró de mover las manos nerviosamente sobre su mesa de despacho —unas manos cuidadas (las uñas perfectamente cortadas y pulidas), a una cogían los informes, los soltaban, nuevamente los cogían y los soltaban, asían un lápiz y lo giraban de continuo, primero en un sentido, luego en el otro...—, como un aprendiz de prestidigitador tratando de sacar un as de la manga, sin éxito. Al final, ya completamente despeluzado de la tensión, aflojándose un poco la corbata, mirándome no a la cara, sino a la mitad del pecho, y pestañeando más de lo que puede considerarse normal, como un autómatas me dijo:

—No se preocupe demasiado, está usted en buenas manos. Todo saldrá bien.

Yo no soy médico. Y entonces carecía de toda la información pertinente. Podía haberle creído, fácilmente. Pero su mirada lo delató: mentía. Lo cierto es que lo que me aqueja no tiene cura y es mortal. Se puede intentar tratar, mas en la mayoría de los casos el tratamiento es inútil. Y la agonía, terrible. Posiblemente él se amparó en la minoría de los casos, los muy raros casos

en los que se resuelve o consigue controlarse, para decirme que todo saldría bien y para no decirme lo que no quería tener que decir; quizá no mintiera de hecho, pero tampoco me dijo la verdad o toda ella. Supongo que debería haber buscado una segunda opinión, mas nadie lo hace para tener que escuchar lo que en el fondo no desea oír: “Arregle sus asuntos, tiene los días contados y son bien pocos”.

En esta última semana he arreglado mis asuntos, que incluían decidir cómo voy a dar fin a mi vida, que ya no es mía: pertenece a la enfermedad que me está acabando; yo ya estoy muerto, sólo voy a adelantar el final por aquello de no sufrir en vano. Uno nunca piensa que algún día tendrá que cavilar seriamente sobre cómo suicidarse, y las opciones son tantas y tan variadas que se necesitaría una vida entera para evaluarlas todas y optar por la que pareciera mejor, cualquiera que fuese el criterio. Para ahorrarme un tiempo que no tengo, me he centrado en las clásicas: pegarse un tiro, tomar más somníferos de la cuenta, cercenarse las venas a la altura de las muñecas, ahorcarse, tirarse abajo de un tren en marcha, saltar desde la azotea de un edificio alto y saltar desde un puente al mar. Veamos. No tengo licencia de armas y no sé cómo conseguir ilegalmente un arma de fuego; además, uno, con los nervios, puede errar el tiro, y cuando esto sucede el resultado suele ser nefasto. Somníferos..., soy muy tiquismiquis con respecto a lo que como y, en cualquier caso, la muerte por una ingesta excesiva de somníferos es demasiado femenina para mi gusto. Por lo que sé, cercenarse las venas duele, duele mucho, y morir por desangramiento lleva su tiempo; no quiero una muerte lenta. El ahorcamiento ni lo he contemplado: no hay nada que me horrorice más que morir estrangulado, luchando con desesperación y angustia por conseguir una bocanada de aire en mis pulmones. Tirarse abajo de un tren puede causarle al maquinista de turno un terrible sentimiento de culpabilidad para el resto de su vida: culpable de que no te vio a tiempo y frenó el tren, bien podía no haberte matado.

Saltar desde lo alto de un alto edificio conlleva un indeseado riesgo: siempre cabe la posibilidad de que le caigas encima a alguien, matándolo o dejándolo maltrecho para los restos, algo que no es probable que suceda si te tiras desde un puente. Además, tirarse desde un puente no mancha. En la ciudad en que vivo hay varios que cruzan la bahía, que separa la urbe en dos partes. Muchos suicidas se tiran desde ellos, tantos, que hay un servicio de vigilancia que recorre constantemente los puentes de punta a punta; evita muchas muertes, pero no todas. He elegido el más alto, el que otorga un margen de error cero; no quiero errar. Y, por cierto, ya es la hora. Pago mi consumición, me pongo en camino. Y mientras voy acercándome a mi destino, voy pensando en el día de ayer. Ayer me satisface: lo hice todo bien, por fin. Llamé *motu proprio* a mi madre por teléfono para anunciarle que iba a pasar por su casa a verla, y pasé la tarde con ella. Le extrañó, se lo noté, probablemente pensó que tan sólo estaba haciendo tiempo mientras esperaba a algún amigo o amiga que viviera en el vecindario para salir por ahí a tomar unas copas; no la culpo, no habría sido la vez primera que así fuese. Como temía, no paró de hablar y me frío a preguntas. Pese a todo, me alegró verla y comprobar que está bien, aunque no sé cómo va a estar a partir de mañana. Más sola que ahora. Pensé que quizá debiera haber hecho por pasar más tiempo con ella antes..., demasiado tarde. Después, tenía una cita con Julia para cenar, y tras la cena la convencí para que me invitara a tomar una copa en su casa. En algún momento de la velada le dije que la quería y entonces me dejó hacerle el amor; y lo triste o gracioso de esta anécdota es que, tras acabar, cuando yacíamos ya el uno al lado del otro en su cama, sentí que de veras la quería y me dio por pensar que podría haber sido feliz viviendo con ella..., demasiado tarde. Es desconcertante que uno entienda su vida con mayor claridad cuando lo urgente ya no tiene importancia, cuando a uno ya le queda tiempo solo para lo verdaderamente importante. Por vez primera desde que empezamos a salir juntos me quedé a dormir en su casa, y por la mañana,

esta mañana, le hice el amor por última vez. Mi muerte le va a doler, pero es aún joven, toda la vida por delante tiene, una vida entera en un mundo en el que para ella pronto yo jamás habré existido; el recuerdo de los muertos no familiares es efímero.

Camino despacio hasta la parte más alta del puente, a mitad de camino entre ambos extremos. Me asomo a la barandilla: el mar está allí abajo, en calma, parece una superficie de linóleo cerúleo, impenetrable. Mientras lo miro, pienso cuán equivocada está la gente: cree que para suicidarse, para superar el miedo insuperable a morir, uno tiene que estar o muy loco o muy desesperado. En realidad es un acto de valor, o así es como prefiero verlo yo. Podría haber muerto en quirófano, o haber agonizado hasta sucumbir a mi enfermedad, pero prefiero irme así, haciendo algo que la mayoría de la gente no se atrevería a hacer ni aun en mi situación, y es así como me lo he tomado: como un reto. Tampoco es que tenga mucha opción. Me pregunto cuánto tiempo tardaré en recorrer la distancia que hay entre donde me encuentro y la superficie del agua, durante cuántos segundos estaré viajando irreversiblemente hacia mi muerte: cinco, seis, siete... Se me acerca uno de los vigilantes del puente, supongo que porque llevo ya demasiado tiempo mirando hacia el abismo. Me pregunta qué estoy haciendo. No quiero levantar sospechas. Me vuelvo a él, le sonrío afablemente, me pongo una mano a modo de visera, en apariencia para evitarme la luz solar en los ojos, en realidad para hacerme sombra sobre ellos de manera que no me los pueda ver, porque voy a mentirle. “¿Ve? —le pregunto señalando con la otra mano hacia nuestra estrella—. El Sol está casi en el cenit, así que no sé si lo que veo en la superficie del agua cuando me asomo es mi reflejo o mi sombra”. El vigilante frunce el ceño y se asoma a la barandilla; a poco se encoje de hombros y dice: “Estamos demasiado lejos para averiguarlo”. “Eso mismo pienso yo”, le contesto. Por un momento nos miramos el uno al otro en silencio, yo a los ojos, él a una sombra manual sobre los míos. Tuerce el gesto; creo que cree que me estoy

burlando de él, lo cual es cierto, y también que no muestro una actitud suicida, lo cual es un error. “No se entretenga mucho, ¿quiere?” me insta al final. “Descuide”, le respondo, y lo veo alejarse de mí. Pobre hombre, quizá se reproche durante el resto de su vida no haberse dado cuenta de que le estaba engañando; pero bueno, se suele aprender de los errores, tal vez la vez próxima salve una vida. Miro alrededor mío: no hay mucha circulación —es mediodía de un domingo: la gente está comiendo, la mayoría en familia—, aunque más de la que me gustaría. De noche habría habido menos testigos accidentales, pero considero que morir de noche es deprimente; me gusta la luz del día, la luz diurna infunde ánimo, y yo lo necesito para cometer lo que me dispongo a cometer. Meto mi monedero y mi cartera a un bolsillo del abrigo, y al otro mis guantes; me quito el abrigo y la bufanda, y los dejo sobre el barandal. Paso al otro lado de la barandilla una pierna primero y después la otra. Siento miedo: miedo de mí mismo, de mi resolución inapelable; miedo a no vivir más; miedo a fallar y vivir hasta que me muera; miedo a la muerte. Con un solo paso que dé todo habrá terminado, ya no sentiré más, no más dolor, no más miedo, nunca más. Miro hacia abajo y, si bien nunca he tenido vértigo de la altura, ahora lo siento. Inspiro profundamente, varias veces. Un solo paso...

Y a medida que voy cayendo, sintiéndome inmensamente solo, como sólo se puede sentir uno en la impasible compañía de la muerte, intento confortarme, murmuro mis últimas palabras, una última mentira. Voy diciéndome:

—No va a doler..., no va a doler..., no va a doler...